

115

Palabras pronunciadas el día 11 de Junio
de 1966 en el Ateneo Iberoamericano de
París, en la velada necrológica que tuvo
lugar, en memoria de Maximiliano Thous Llorens.

UN POETA DE VALENCIA

Al gran amigo de la juventud, José Martínez Aguilar
que me hizo sentir y compartir la Valencianía.

por Fernando Valera

Sólo unas pinceladas, llenas, eso sí, de emoción, voy a consagrar en esta velada a la memoria del amigo querido y poeta insigne Maximiliano Thous Llorens. Otras voces más autorizadas que la mía os han hablado del hombre y de la obra. Lamento no poder, por no saber, hablaros en la dulce lengua valenciana. Sería el homenaje que él habría tenido en más alta estima. ¡Qué jugoso era en sus labios el idioma de Valencia! En su pluma, y más aún en su palabra, la parla vernácula adquiría una rara riqueza y armonía sensuales, o mejor sensitivas, estéticas en el sentido que Manuel Kant daba al vocablo; una sensualidad que llegaba a la mente del que le escuchaba o leía impregnada de sensaciones múltiples, como la luz del día se impregna de colores al atravesar las vidrieras policromadas de una catedral gótica.

Realzábase en el verso de Maximiliano Thous, y en su manera de decirlo, esa virtud portentosa de toda habla mediterránea, ese don de evocar resonancias sinestésicas que hacen de la palabra a la vez imagen para los ojos, perfume para el olfato y gusto suculento para el paladar. Una palabra que se ve, se huele y se saborea.

No digo ninguna novedad o extravagancia. Ya el Dante había descubierto siglos antes que la psicología moderna esas correspondencias y armonías de las sensaciones específicas entre sí, que la ciencia llama hoy sinestésias, merced a las cuales el sonido puede despertar • evocar imágenes visuales, gustativas, olfatorias y aun táctiles; por eso habla en la DIVINA COMEDIA de que "se oía la luz de las estrellas". Y Pitágoras antes, y nuestro Fray Luis de León más tarde hablaron de la música sideral que sonaba, para el filósofo y el poeta, "en la noche serena de mil luceros coronada".

Y el poeta árabe Jalaluddin-al-Rumi:

El cántico que los hombres entonan, y la melodía
del laúd es el mismo de las esferas celestes en sus
revoluciones.

Todos hemos oído esas melodías en el Edén.

Aunque la tierra y el agua tendieron sus velos de
arcilla sobre nosotros, todos guardamos una pálida re-
miniscencia de la música de las estrellas.

Maximiliano Thous Llorens amaba tanto y se deleitaba por tan alta manera con la exuberancia estética de su ciudad y tierra natales, y sabía expresarla con palabra tan jugosa que, oyéndole, se veía el sol radiante diluyéndose en sutiles gasas y cendales de niebla sobre la esmeralda inmensa de la huerta, bajo la turquesa del cielo limpio y claro; y se oía y veía a la vez entre los cañaverales el gorgojo de las acequias como si estuviesen pobladas de jilgueros y ruiseñores con gargantas de cristal, y se respiraba la onda invisible de perfumes con que en los meses de primavera inciensa a la ciudad los naranjales en flor, los huertos y las rosaledas...

Esa dulzura y elegancia del decir valenciano -que lo distinguen entre las varias modalidades de la lengua catalana- explica y justifica que Miguel de Cervantes la celebrara con singular elogio en el capítulo XII del Libro III de los TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, su obra póstuma y para él la preferida de cuantas salieron de su excelso numen: "Cerca de Valencia llegaron (los peregrinos) -dice Cervantes-, en la cual no quisieron entrar por excusar las ocasiones de retenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de sus mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable.

Yo conocí y entablé amistad con Maximiliano Thous por haber coincidido ambos en el claustro de la Academia Martí de Valencia, donde él preparaba a sus alumnos para las oposiciones al Magisterio, y yo enseñaba a los míos latín, literatura española y filosofía. Andaba entonces él atareado en cincelar primorosos poemas valencianos, y yo afanándome por verter en verso castellano los preciosos versículos del Corán en que se compara a Alá con el aceite que alimenta la lámpara del universo y del alma humana, o aquellos otros en que resplandece el sentido ecuménico del Islam. No conocía yo entonces las lindas estrofas que sobre los mismos temas habían escrito los poetas árabes, Hafiz, Jalaluddin-al-Rumi y nuestro Ibn-al-Arabi. He aquí algunos modelos:

Ibn-al-Arabi ha cantado:

El desagrado por la religión ajena se funda en la ignorancia. Si conocieras el dicho de Junaid de que el agua toma el color del vaso de cristal que la contiene, no te cruzarías en las creencias de los demás y percibirías a Alá en todas las formas y en todas las religiones.

Y en otro lugar:

Mi corazón se hizo capaz de adoptar todas las formas. Es pasto de gacelas, y convento de monjes cristianos. Y templo de los ídolos, y la Kaaba de los peregrinos (que van a la Meca), y las Tablas del Torah (reveladas en la cumbre del Sinaí), y el Libro del Corán.

Yo milito en la religión del amor, y sé que cualquiera que fuere el sendero que huellan los camellos, todos llevan a Alá.

Jalaluddin-al-Rumi ha escrito:

No clames que todas las religiones son vanas. En todas hay algún perfume de la verdad, sin la cual no cautivarían al alma del creyente.

Los necios aceptan la moneda falsa, porque se parece a la buena. Si no se acuñara en el mundo buena moneda, ¿cómo podrían pasar la suya los que acuñan la moneda falsa?.

Y en fin, Mohamed Shams-ad-Din, más conocido por Hafiz, discurría:

Mi amor está allí donde brille la gloria de Tu rostro, oh Señor: en los muros del convento, y en el fondo del tugurio, resplandece la misma inextinguible llama.

Y cuando el muecín clama: Alá, en lo alto del alminar, entonces tañe también la campana de la Iglesia llamando a la oración, y se enhiesta la Cruz del Cristo.

Parece que estamos escuchando en estas palabras antiguas de siglos las mismas doctrinas ecuménicas que se leen, casi con las mismas palabras, en los esquemas del reciente Concilio. Veán Vds. cómo en Valencia se hablaba ya de ecumenismo cuarenta años antes de que Juan XXIII convocara su Concilio Ecuménico para asombro y sorpresa de quienes se decían cristianos sin haber tenido atisbos del mensaje cósmico del Evangelio.

También hablábamos Thous y yo, entre clase y clase, en la sala de profesores de la Academia, de los poetas de Oriente, singularmente de Rabindranath Tagore, a quien luego él cobraría especial admiración. Precisamente mi versión de La Lámpara coránica se inspiraba en unas meditaciones que sobre el mismo tema hiciera, a manera de plegaria, Debendranath Tagore, padre del poeta, cuya vida y obra dí yo a conocer por entonces en el Ateneo Científico y Literario de Valencia.

Sinceramente creo que Maximiliano Thous, por menos ambicioso, fué más afortunado en sus estrofas valencianas que yo en mis vanas elucubraciones ecuménicas. No se sabía si cantaba a la lámpara de Alá, luz del Universo, o a la linterna del sereno de la esquina. Mis versos salieron torpes, desaliñados, y sobre todo oscuros. Maximiliano Thous aguantó la lectura de mi poesía LA LAMPARA, y hasta la tildó de original, discreta manera de llamarla extravagante, porque tenía buena educación y porque mi poesía era una sola y no muy larga. Si hubieran sido varias, acaso habría hecho como Don Juan Valera cuando el poeta romántico solicitó su consejo sobre cuál de los dos sonetos que acababa de escribir debería mandar para ser publicado en una revista literaria. Cuando el poeta hubo terminado de leer su primer soneto, Don Juan Valera, sin esperar a la lectura del segundo, se apresuró a aconsejarle: "El otro es mejor. Publique Vd. el otro..."

Entre los versos que Thous me leyó por entonces, recuerdo que había uno, primoroso, sobre LA FLOR DEL ROMANI. No sé si se habrá perdido o si figurará entre las poesías que de él se conserven. Quiero recordar que era una letrilla o un romancillo que cantaba:

Es petita, petiteta,
com la flor del romaní.

La flor del romaní era un amor que, por entonces, atormentaba su fina y, por fina, frágil y quebradiza sentimentalidad. La flor del romaní, sin ser rosa, debía tener espinas. Thous atravesaba un momento de depresión moral que le envolvía en oscura noche el corazón y lo traía desgarrado, desalentado y contristecido. Para sustraerle a sus pesadumbres, le invité un día a que compartiera mis peregrinaciones de predicador laico por los pueblos de Valencia. Merendamos una tarde, frugalmente, entre la clásica pataqueta, cabe la Font de l'Omet de Picassent, después de haber paseado por los alrededores del manantial. Luego, nos encaminamos a Carlet, en cuyo casino republicano pronunciaba yo aquella noche una conferencia sobre no sé qué tema literario o filosófico, mero pretexto para hablar de democracia y libertad. Porque vivíamos, como se suele vivir casi siempre en España, en régimen de dictadura. Una dictadura que mejor llamaríamos dictablanda, empleando el neologismo unamunisco, sobre todo si se la compara con lo que hemos conocido después.

El contacto con el sol, la tierra y el pueblo, obró milagros en el cuerpo y en el ánimo de Maximiliano Thous. A las pocas semanas se lanzaba a pronunciar en la misma tribuna de Carlet una amenísima y pintoresca charla sobre costumbrismo del país, en lengua valenciana. Y era cosa de ver el interés y el regocijo que asomaban a los ojos chispeantes y a las mejillas arrugadas por las duras faenas de la tierra y ennegrecidas por el sol, de aquellos labradores carletinos. Me percaté entonces del placer que debe haber en hablar y en que le hablen a uno en la lengua con que "la mare" le cantó la primera "nana" y le enseñó a musitar las primeras plegarias; en la lengua vernácula en que se revelaron al alma del niño la fe, la música y el amor, que acaso sean como la reminiscencia del mundo celeste de donde venimos y hacia donde vamos, por aquello que Platón enseñara y que cantó Ovidio:

Est deus in nobis et sunt commercia coeli,
sedibus aetheris spiritus ille venit.

Algunos años después, en la noche del 11 al 12 de Abril de 1931, Maximiliano Thous Dlorens compartía conmigo la tribuna electoral, de pueblo en pueblo, Mislata, Manises, Paterna, Burjasot, Godella. A las cuatro de la madrugada todavía hablábamos en Godella a muchedumbres innumerables y enfervorizadas, llevándoles la buena nueva de la República que advenía. "Gran aurora de esperanza", la ha llamado más tarde un crítico nada sospechoso de benevolencia, el General Francisco Franco, en un discurso público que pronunciara el 17 de Abril de 1953; y añadía:... "era una nación que se ponía en pie y marchaba otra vez por las grandes avenidas de la historia".

Pero volvamos a Thous, en aquella madrugada del 12 de Abril de 1931, y a nuestro apostolado civil. Como de costumbre, él hablaba en valenciano, y yo en el idioma de Castilla; pero el pueblo sabía que ambos hablábamos el lenguaje común de la libertad.

Pasaron algunos años más, muy pocos, aunque muy henchidos de experiencia. Nuestra alegría fue pasajera como la gota de rocío en una alborada estival. Y llegó pronto la hora aciaga de la guerra, la revolución y la derrota. Yo salí con la polvareda de la España Peregrina hacia el injusto y prolongado exilio. Maximiliano Thous quedó allí, en la patria y

sufrió prisión y tormento por el solo delito de haber cantado a Valencia y de haber amado la libertad.

Temo que su fina sensibilidad, su valencianía radical, no habría podido soportar tampoco el prolongado destierro, y que se habría apagado presto de añoranza, lejos de la "terreta" que tanto amaba. Julio Just ha dicho con palabra impregnada de color y de verdad que los valencianos son dos veces desterrados, por serlo a la vez de la más amada por más desventurada de las patrias, España, y de la más hermosa de las tierras por cubrir-la el más radiante de los cielos, Valencia.

A pesar del espeso muro del silencio que nos ha separado durante tan largos años, desde las catacumbas de la España solariega se fueron filtrando hasta las tiendas de la España Errante noticias de la conducta digna, recia, estoy por decir heroica de Maximiliano Thous Llorens en las cárceles de España. El, tan frágil de cuerpo, tan sensible de alma, supo enseñar reciedumbre y altanería a los fuertes y vigorosos. Y para aquellos de sus amigos que no tienen creencias religiosas, se ganó al menos el laurel inmarcesible que la ciudad concede a los varones esclarecidos cuando saben vivir y morir fieles a la ley y a la patria. Para los que sí creemos, mereció la recompensa prometida a quienes saben hacer de la vida terrenal escala de virtudes hacia la vida eterna; por aquello que cantara otro gran poeta, Guillén de Castro, que no por escribir en la lengua de Castilla deja de ser una de las más excelsas glorias de Valencia:

El ser cristiano
no impide al ser caballero.
Para general consuelo
de todos, la mano diestra
de Dios mil caminos muestra,
y por todos se va al cielo.
Para el bien que se promete
a un alma pura y sencilla,
lleve el fraile su capilla,
y el clérigo su bonete,
y su capote doblado
lleve el tosco labrador
que quizá acierta mejor
por la reja del arado.
Y el cristiano y caballero,
si lleva buena intención,
con dorada guarnición,
con plumas en el sombrero,
a caballo y con dorada
espuela, galán divino,
si no es que yerra el camino,
hará bien esta jornada.
Porque al cielo caminando,
ya llorando, ya riendo,
van los unos padeciendo,
y los otros peleando.

Maximiliano Thous fue de los que a la vez vivieron y murieron padeciendo y peleando. Peleando, como él podía pelear, con su pluma de poeta. Y así fue como conquistó el reconocimiento de su patria y los laureles de la inmortalidad.